

Los modelos de formación de las élites para moralizar al pueblo: colombia, 1946-1953.*

Por: Alexis Vladimir Pinilla Díaz**

Resumen: Durante el período 1946–1953 las élites nacionales consolidaron la imagen de un pueblo degenerado e incivilizado, imagen que explicaba la generalización y profundización de la violencia en el país. Por tal motivo, las élites propusieron diferentes modelos de formación para moralizar al pueblo y así sacarlo de su “estado de barbarie”, ya que la Nación estaba necesitada de nuevos ciudadanos que fuesen respetuosos del orden político social, de la autoridad y que detuviesen la violencia y la crisis por la que estaba atravesando el país. Los modelos de formación del pueblo que enunciaron las élites variaron según la fracción política que hiciera la propuesta. Así, la iglesia entendió la formación como un giro hacia los valores católicos y cristianos que se habían perdido en el país en décadas anteriores. Para el partido conservador, muy cercano a la iglesia, la formación tenía que ver con un proyecto civilizador en el cual la moral católica y la idea de Nación eran los postulados fundamentales. Finalmente el partido liberal propuso una formación cívica en la cual lo religioso fuese una opción personal. Estos fueron los modelos que intentaron modificar las características de nuestra cultura política a mediados del siglo XX a través de la educación.

Palabras claves: Estado-nación * Pueblo – Raza * Moralizar – Civilizar * Ciudadanía * Escuela Neutra

Abstract: During the period between 1946 and 1953 the national elite consolidated the image of a degraded and uncivilized people. This image explained the generalization and deepness about violence in the country. By this reason, the elites proposed different patterns of formation to moralize people in order to bring it out from its state of incivility, because the Nation needed new inhabitants to be responsible of the political social order, to be respectful of authority and that was able to stop violence and crisis of the country. The patterns of formation of people announced by the elites, had a variation with respect to the political fraction. In this way, the Catholic Church understood the formation as a turn to the catholic and Christian values, lost in the country in previous decades. By the

* Este artículo es un avance del proyecto “Educación y Cultura Política” financiado por la Universidad Pedagógica Nacional.

** Investigador Universidad Pedagógica Nacional.

Conservator Party, closer to church, the formation was considered as a civilized project, in which the principal postulates were the catholic moral and the idea of Nation. Finally, the Liberal Party proposed a civic formation separated a little from the catholic religion. These patterns tried to modify the characteristics of our political culture in the middle of the twentieth century through education.

Descriptors: State – Nation * People – Race * Moralize – Civilize * Citizenship * Neutral School.

A Adso y Aty.

“El Tiempo, fecundo en recursos, mucho más imaginativo y caritativo de lo que se piensa, posee una extraordinaria capacidad de ayuda, al proporcionarnos, en cualquier momento, alguna nueva humillación.”

E. M. Cioran.

La historia política de Colombia ha estado marcada por el control de los escenarios electorales y del poder del Estado por parte de los partidos tradicionales liberal y conservador, que surgieron a mediados del siglo anterior, los cuales no han permitido la aparición y consolidación de terceras fuerzas. Si bien es cierto que en nuestro país han emergido otras colectividades políticas de importancia para la historia nacional (como el Partido Comunista, la Unión Patriótica, la Anapo, entre otras) éstas han sido captadas por la maquinaria política tradicional o eliminadas mediante la violencia.

La permanencia de los partidos tradicionales en el poder se debe, en gran parte, a un juego de alianzas entre las dos colectividades las que en momentos de crisis política y social llegan a acuerdos para compartir el mismo¹. No obstante, también se han presentado numerosos enfrentamientos entre las dos colectividades desde el siglo anterior, donde hubo varias guerras civiles (la última de ellas desde 1899 hasta 1903), contiendas que se han prolongado hasta el siglo XX que inició con una fuerte lucha por el control de la tierra. La continua disputa entre los dos partidos ha polarizado políticamente al país, fortaleciendo en nuestra cultura política un rasgo de intolerancia y exclusión del adversario. Este rasgo se reforzó hacia mediados de la década del cuarenta en la cual los índices de violencia aumentaron en forma alarmante.

En esta coyuntura se reabrió el debate sobre la degeneración de la raza colombiana, debate que se había iniciado en las dos primeras décadas del siglo, a través del cual se explicaban las causas para que la violencia se hubiese extendido en tal magnitud. Dentro de este debate uno de los elementos más sobresalientes es la concepción negativa del pueblo que tienen las élites del país al cual se asocia con lo incivilizado, lo malo, lo degenerado; y es precisamente por estas características que, según las élites, la violencia de mediados de siglo se expandió por campos y ciudades².

¹ Dentro de estos acuerdos vale la pena recordar la propuesta de Unión Nacional del gobierno de Ospina Pérez en 1946 y el período del Frente Nacional, de 1958 a 1974, en el cual los partidos se alternaron en el poder por períodos presidenciales de cuatro años.

² Sobre el debate de la raza en los años 20 ver: Herrera, Martha Cecilia. “Imágenes sobre nosotros mismos: nación, raza y educación en Colombia”.

La tesis de la degeneración de la raza colombiana fue compartida por bastantes dirigentes nacionales tanto liberales como conservadores, es decir que, independientemente del partido político de gran número de dirigentes, éstos ven la necesidad de regenerar / civilizar / moralizar al pueblo colombiano. Por ejemplo, para Laureano Gómez – presidente en 1950 y uno de los principales defensores de esta tesis – y Antonio Rocha – ministro de educación liberal de la segunda administración de López Pumarejo – el pueblo, más que un motor de desarrollo, era un obstáculo para el progreso social, por lo cual era necesario civilizarlo a través de la educación. Para este último, según Martha Herrera, la educación nacional debía estar acorde con el pensamiento político del Estado pues dicho problema no competía a las personas como individuos sino como parte de una Nación. Así Rocha consideraba que la ausencia de cultura en la población podría detener la marcha de la nación hacia el progreso, ya que

“El porcentaje de analfabetos e impreparados es de tal magnitud que pone en peligro próximo la estabilidad y la calidad de la República. El pueblo inculto no podrá responder a las nuevas exigencias ni económicas, ni sociales, ni culturales que hará la civilización a las naciones que participen de ella (...) Mas de un millón de analfabetos son realmente una abrumadora carga en cualquier organización social auténtica. Esa carga inerte es lo bastante grande para detener el proceso histórico de la nación y producir el colapso de la República”.³

Dentro de los motivos que sirvieron como sustento para la tesis de la degeneración de la raza colombiana a mediados de siglo encontramos los señalados por Miguel Jiménez López – pedagogo de principios de siglo – quien hacia 1920 anotó lo siguiente:

“(…) el clima tropical, la nutrición deficiente y la ausencia de normas higiénicas, así como la educación, que en sus procedimientos tradicionales debilita el cuerpo, fatiga el cerebro y aniquila la voluntad (...) A este principio diferenciador del grado de degeneración de distintos grupos sociales en el país, Jiménez López le añadió un segundo, de carácter socio político: el de la ubicación en la escala social. Así los más degenerados serían los negros pobres de regiones apartadas, y lo más civilizados, los blancos pudientes de los grandes centros de progreso”.⁴

Sumado a la “desconfianza” de las élites y a su visión negativa de las clases populares en Colombia se empezó a inculpar al sistema educativo, desde los sectores políticos tradicionales y desde la iglesia, por el desbordamiento de los hechos de la violencia. Desde uno y otro sector se culpaba a la escuela por no cumplir su papel de moralizador del “degenerado” pueblo colombiano y por tal razón los ataques de liberales al sistema educativo conservador y viceversa, permearon el escenario de confrontación en lo concerniente a la educación. Las fracciones políticas responsabilizaban al modelo educativo de su rival y opositor por la extensión y el recrudecimiento de la violencia y, correlativamente, se invitaba

³ Herrera, Martha Cecilia. “Educación e Imaginario Nacional: Colombia en la primera mitad del siglo”. En: *Anais. Primeiro Encontro sobre educação, cultura e política na América Latina*. Campinas, Sao Paulo, Brasil. 19 al 21 de mayo de 1999. p. 122.

⁴ Sáenz, J.; Saldarriaga, O. y Ospina, A. *Mirar la Infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia*. Ediciones Foro: Medellín, 1997. Vol. 2. p. 85.

a combatir la propuesta educativa del enemigo político del momento. En esta medida la defensa por una educación moralizadora hecha por cada fracción política se tradujo, en términos reales, en una invitación a las clases populares para destruir la propuesta del otro bando, fortaleciendo así la polarización política del contexto nacional en esta coyuntura. Podemos ver, entonces, cómo la rivalidad política en el período de la violencia permeó todos los escenarios sociales, incluyendo a la escuela (a pesar de que en las normas se estipulara que ésta debería ser una institución neutral en el conflicto);

“el estímulo por parte del gobierno central conservador, y por numerosos directorios conservadores municipales y regionales, al terror y a la violencia oficial contra opositores políticos o propietarios liberales, con fines electorales o de despojo de tierras y propiedades, trajo con sí graves consecuencias de desorganización social y familiar (...) Políticos liberales y otros avivados de ocasión encontraron también la oportunidad de pescar en río revuelto, para hacerse finalmente a propiedades y bienes, y con base en ellas, acceder más tarde a posiciones de poder político local y regional”.⁵

Vemos entonces cómo la confrontación entre los dirigentes de las fracciones políticas y su patrocinio y apoyo a acciones violentas contra seguidores del partido opositor, reorganizó todos los escenarios de socialización, entre ellos la familia y la escuela, y ocasionó nuevas demandas de la sociedad a estos escenarios. La escuela se convirtió en la institución encargada de formar al nuevo ciudadano por lo cual se le da la función social a la educación de preparar nuevos sujetos: conocedores de las normas que rigen el país, respetuosos de las tradiciones y defensores de la nacionalidad colombiana que se funda en la religiosidad y la civilidad. Así, fue común a lo largo del período analizado el llamado a que la educación se convierta en una formadora / moralizadora de la población colombiana, alejándose del modelo instruccional a partir del cual, según los dirigentes nacionales, se enseñan cifras, datos y nombres pero no se forma para la convivencia y la tolerancia.

El llamado para la construcción de una educación que moralizara a la población colombiana tomó algunos matices de acuerdo a la fracción política desde la cual viniese. Así, la formación fue entendida por la iglesia como un giro hacia los valores cristianos los cuales han sido, según esta institución, los fundamentos de la nacionalidad colombiana desde el siglo anterior. Para el sector eclesiástico era indispensable la enseñanza del evangelio en la escuela, por lo cual se opuso rotundamente a la propuesta de libertad de cultos que había sido sostenida por los liberales durante el gobierno de López; la escuela debía encargarse más de las almas que de la formación académica de los individuos. En uno de los órganos de difusión controlados por la iglesia encontramos lo siguiente:

“Por eso es por lo que pedimos más educación, menos instrucción, si ésta va a ir en detrimento de la primera, porque vale más un señor con ese título adquirido a fuerza de hacerse estimar, que un doctor que vive solamente encasillado en su ciencia, que no le sirve sino para ganar dinero, pero no amigos; y vale más la señora que es respetada por la grandeza de su dulzura, por los sacrificios de sus abnegaciones, que la bachillera

⁵ López de la Roche, Fabio. “Tradiciones de cultura política en el siglo XX”. En: *Modernidad y sociedad política en Colombia*. Editorial Fescol: Bogotá, 1993. p. 122.

(sic) que trata de deslumbrar en los salones y que se hace ridícula, porque se ha salido del campo glorioso del verdadero, del sano, feminismo”.⁶

Además de pretender ejercer un control sobre lo educativo, sobre los procesos formativos de los estudiantes, la iglesia define los roles sociales que deben cumplir los sujetos inmersos en la institución educativa y con ello reproduce el carácter antinómico de nuestra cultura política, ya que, a través de los roles, designa y diferencia lo bueno de lo malo, lo noble de lo vano. Obviamente hay una identificación de lo bueno con la propuesta de la iglesia quien se propone a sí misma como la salvación del país en los momentos de la violencia, “si la iglesia deja de ser nuestra educadora, ¿a dónde iremos si no al abismo? (...) la iglesia católica es la madre de la civilización occidental: habéis visto que también es la madre de la civilización colombiana”.⁷

Con lo anterior es claro cómo la iglesia católica colombiana intenta apoderarse del terreno político en la medida en que se propone a sí misma como la fundadora, y salvadora además, de la nación y la nacionalidad colombiana. En esta coyuntura la iglesia lleva a cabo un doble juego político / moralizador: por un lado homologa los principios de la nacionalidad colombiana a los principios de la iglesia, y por otro lado asimila los valores de la civilización – a la que entiende como una etapa superior del desarrollo humano alejada de la barbarie – a los valores de la iglesia, por lo cual ella se constituye en la encargada de sacar al país del momento de crisis por el que está pasando. Así, moralizar a la población adquiere una connotación política cual es la de civilizar a la misma, es decir, la idea política de civilización se reviste de una legitimidad inspirada en lo religioso;

“con su ingreso bajo los parámetros de la fe la idea queda convertida en creencia que no requiere de confirmaciones de la experiencia o de la razón. Anuncia una verdad que se demuestra a sí misma, que extrae los fundamentos de la pertinencia de sus propias premisas. La doctrina del partido no requiere contrastación ni falseamiento ninguno pues la autenticidad, reclamada como asunto de la fe, ha cercenado cualquier perspectiva crítica”.⁸

Como vimos anteriormente, en aras de moralizar la población, la iglesia orienta cuales son los roles que los sujetos sociales deben cumplir. En el caso de la mujer se hace explícita la necesidad de que ella se constituya en la cohesionadora del hogar, de la familia. La violencia de las décadas del 40 y 50 resquebrajaron la estructura familiar tradicional, por lo cual se hace un llamado a que sea la mujer la encargada de reconstruir y recuperar el núcleo familiar como escenario de socialización en el cual los sujetos adquieran los hábitos propios para desterrar la violencia de la dinámica social del país (cabe anotar que es poco lo investigado en Colombia sobre el papel y situación de la mujer en este período).

En este sentido, es la iglesia la que propone con más ahínco el regreso de la mujer al seno familiar, a las labores domésticas de cuidado de sus hijos y su hogar. El sentido de la

⁶ *El Heraldo Católico*. 26 de enero de 1952. Editorial.

⁷ Ospina, Eduardo. Discurso en la última sesión del Congreso Educativo Católico, agosto (1938). En: *La obra educativa de la iglesia en Colombia*. Escuelas Gráficas Salesianas: Bogotá, 1938.p.4

⁸ Perea, Carlos Mario. *Porque la sangre es espíritu*. Editorial Iepri: Bogotá, 1996. p. 83.

propiedad familiar privada cobra vigencia en esta coyuntura en los discursos, no sólo de la iglesia, sino de todos los sectores políticos (baste recordar las palabras de Gaitán el 7 de febrero de 1948, en su “Oración por la paz” en la cual anotó: “Señor Presidente: nuestra bandera está enlutada y esta silenciosa muchedumbre y este mudo grito de nuestros corazones sólo os reclama: que nos tratéis a nosotros, a nuestras madres, a nuestras esposas, a nuestros hijos y a nuestros bienes, como queráis que os traten a vos, a vuestra madre, a vuestra esposa, a vuestros hijos y a vuestros bienes!”). En los colegios privados de carácter católico se promovió la formación / moralización de la mujer como “hacedora” del hogar y la familia, Así en un clasificado de mediados de siglo el Colegio María Inmaculada de Bogotá ofreció el programa de formación técnica familiar para las mujeres,

“Terminados los estudios pertenecientes a este programa, el Colegio conferirá (...) el diploma de FORMACIÓN TÉCNICA FAMILIAR. Ningún ingenio humano, ni todos los ingenios reunidos, idearán nunca para la mujer más noble oficio que el que le señaló el Divino Autor de la Naturaleza y Soberano Artista de la Civilización: el oficio de formadora y reina de la familia”.⁹

Pero así como a la mujer se le encomendaba la “misión divina” de “formadora y reina de la familia”, la labor del maestro, desde la iglesia, también se encomendó a los designios divinos del catolicismo. El maestro no debía ser únicamente un instructor conocedor de determinadas materias, sino más aún un formador de almas al servicio de la defensa del cristianismo y, por ende, de la Nación. El juramento del maestro ante la sociedad que propuso la iglesia fue el siguiente:

“Juro por Dios, fuente suprema de la verdad y por el magisterio de Cristo, autoridad docente inapelable: consagrar mi inteligencia al estudio, mi voluntad al ejercicio del bien, mi corazón al culto de los grandes ideales para que mis discípulos encuentren en mí ciencia que aprovechar, virtudes que imitar y aspiraciones que apetecer. Imprimir a la educación el sentido finalista de la Pedagogía Católica, según el plan jerárquico de la Soberanía Divina, en forma que el conocimiento científico, el sentimiento social, las virtudes civiles y el amor patrio, sirvan al educando como medios de perfección moral para alcanzar el fin supremo de la naturaleza racional. Formar, de consiguiente, al ciudadano, el intelectual y el patriota, pero formando en ellos al hombre y, en el hombre, la soberanía del cristiano”.¹⁰

En las anteriores palabras, encaminadas a definir el deber ser del maestro en nuestra sociedad, encontramos varios puntos interesantes para destacar. En primer lugar se hace explícita la consagración de la profesión docente al magisterio divino de Cristo, a quien se propone como “autoridad docente inapelable”; así, al colocar el rol del maestro como una emanación divina se intenta sacar a éste de los conflictos sociales y ponerle por encima de las rivalidades partidistas, es decir, que el buen maestro, en el catolicismo, debía consagrar

⁹ Revista Javeriana. No. 129. Octubre de 1946. p. 257.

¹⁰ El Heraldo Católico. 1 de diciembre de 1951. p. 3.

su vocación a lo ultraterreno así, en lo terreno, fuese víctima de persecuciones y presiones políticas (tanto en el gobierno liberal del 30 al 46 como en el conservador del 46 al 53 se persiguió a los maestros que estuviesen vinculados al partido opositor).

En segunda instancia se propone la “Pedagogía Católica” como el modelo a seguir en la medida en que éste asegura la realización plena de la naturaleza humana. Con tal disposición se intenta falsear cualquier otra propuesta educativa pues ninguna, excepto la católica, puede llevar a la realización plena del ser humano. Quiere decir lo anterior que aceptar una propuesta pedagógica extraña a la católica sería negar la esencia humana misma, por un lado, y la esencia de la patria colombiana, por el otro, ya que la formación humana / moral debe ir acompañada de la formación ciudadana / cívica con el fin de que las virtudes morales del cristianismo se unan con las virtudes civiles que requiere la Nación. De esta manera el concepto de “buen ciudadano”, formulado por la iglesia, se homologa al de “buen cristiano”. Es claro entonces, cómo la iglesia hace suya la causa política nacional y la lleva al plano de la moral del catolicismo, con el fin de justificar y legitimar su accionar político en pos del control educativo que habrían perdido durante el gobierno liberal de López Pumarejo.

Un tercer, y último, elemento a destacar del “juramento de los maestros” propuesto por la iglesia, es el reconocimiento que se hace a la jerarquización de la sociedad la cual está hecha en perfecta concordancia (!) con el “plan jerárquico de la Sabiduría Divina”. De esta forma la iglesia, en alianza con el partido conservador, intenta dar una legitimidad “divina” al orden político establecido por el conservatismo en el poder. Esta postura de la iglesia se ve fortalecida por los miembros del partido de gobierno quienes, desde diferentes cargos, promueven la tesis de que la educación debe colaborar para que los sujetos reconozcan la legitimidad de la autoridad como fuente de orden. En este sentido Alfonso Uribe Misas, rector de la Universidad de Antioquia en el gobierno de Laureano Gómez, anotó:

“Porque no nos han educado sentimos aversión frente a la autoridad, que debiéramos mirar como nuestra amiga y protectora, somos indisciplinados y rebeldes contra el superior y carecemos de sentido de la jerarquía. Porque no nos han educado hemos vuelto a la salvaje etapa de las guerras civiles, llamadas hoy guerrillas, a las crueles y sangrientas conmociones internas que al menos eran explicables – si no justificables – en los primeros años de nuestra vida independiente y aún a fines del siglo pasado”.¹¹

Así como para la iglesia el proceso de civilización se orientaba a la moralización católica de la vida política nacional, a través de la educación, el partido conservador asumió a la civilización como un proceso a través del cual fortalecer la idea y el sentido de la Nación colombiana. No obstante, si bien es cierto que el proceso civilizador adquiere un carácter más laico, más cívico, en la propuesta conservadora, es necesario anotar que ésta se apoya fuertemente en la formación / educación católica para llevar a cabo su proyecto, lo cual obedece a la identificación entre iglesia y conservadores en la idea de que el catolicismo es la base de la nacionalidad y la patria colombiana.

Este reconocimiento del catolicismo como parte fundamental de la nación colombiana-

¹¹ Uribe Misas, Alfonso. “Contribución a la cultura nacional”. En: *Revista Universidad de Antioquia*. No. 115. Enero - Febrero de 1954. p. 13.

na, que es hecho tanto por los ministros de educación como por los mismos presidentes, sirve al partido conservador para justificar ante el país su lucha contra el liberalismo y su propuesta educativa y, de otro lado, para promover el crecimiento de los planteles educativos privados en los cuales haya una verdadera “neutralidad política” y una profusa vocación católica pues, como ratifica la historiadora Aline Helg, hay una diferencia importante entre la propuesta educativa de los dos partidos: “los liberales querían desarrollar el sector público en todos los niveles, mientras que Ospina, como los conservadores, y los clérigos, estimaban que el Estado debía desarrollar prioritariamente la enseñanza primaria y dejar la enseñanza secundaria al sector privado”.¹²

La lucha emprendida por el conservatismo para combatir la educación laica propuesta por el liberalismo se revestía, entonces, de una legitimidad mesiánica / religiosa ya que defender los intereses de la escuela católica, confesional, se constituía en proteger los intereses y la esencia misma de la colombianidad. Con respecto a ello Ospina Pérez se dirigió ante una manifestación de profesores en 1948 de la siguiente manera:

“Otra cosa muy distinta es que siendo Colombia un país unánimemente católico, esa circunstancia se proyecte espontáneamente sobre la educación nacional (...) Ello es apenas lógico, porque lo contrario sería educar a las generaciones colombianas de acuerdo a la índole, modalidades sociológicas y tendencias espirituales de pueblos extraños a una nacionalidad y creyentes como el nuestro”.¹³

Con este reconocimiento del presidente Ospina se deja en el ambiente político del momento que el orden en Colombia era inseparable de la educación católica, visión que era compartida por gran número de dirigentes políticos nacionales y que le permite al partido conservador devolverle el control educativo a la iglesia colombiana (de allí que este período de la historia de nuestra educación se conozca como la “re Cristianización de la educación”).

El proyecto civilizador del conservatismo pasó entonces por el reconocimiento del catolicismo como fuente de la nacionalidad colombiana, sumado a lo cual el partido gobiernista echó mano de la historia para ratificar su postura. En la mayoría de los discursos de presidentes y ministros del período, se destaca el rasgo histórico del desarrollo del catolicismo en Colombia y por ende la autoridad eclesiástica. En este sentido el ministro de educación del gobierno de Ospina Pérez, Joaquín Estrada, anotó en 1948 que:

“El materialismo histórico no es mi escuela ni debe ser la del país, pero no por una imposición del Estado en la enseñanza o por una violencia moral sobre la conciencia, sino por la libre aceptación de la nación colombiana que encuentra en el espíritu y la moral las bases mismas de la cultura histórica. Y así como defendiendo la libertad de enseñanza porque juré cumplir la Constitución Nacional, tengo que encarecer también a los profesores y a las escuelas, la sujeción a las normas de la moral”.¹⁴

¹² Helg, Aline. *La educación en Colombia, 1918 - 1957*. Editorial Cerec: Bogotá, 1987. p. 12.

¹³ Hoenigsberg, Julio. *Las fronteras de los partidos en Colombia*. Editorial ABC: Bogotá, 1953. p.212.

¹⁴ *Revista Javeriana*. No. 142. Marzo de 1948. p. 92.

No obstante, el sólo reconocimiento del catolicismo como baluarte de la nacionalidad colombiana no aseguraba el pleno desarrollo del proyecto civilizador que el partido conservador había diseñado para ser desarrollado en la escuela. Además de dicho reconocimiento se hizo necesario rescatar las gestas independentistas y los símbolos patrios como otros insumos para consolidar el proceso civilizador de las clases populares. Con esta medida se completaba el cuadro de acción del partido conservador ya que, por un lado, aludía a la necesidad moral / cristiana de llevar a buen término su proceso civilizador y, por otro lado, le daba un carácter más cívico al proceso haciendo un reconocimiento de la historia patria del siglo XIX como el otro mito fundador de nuestra nacionalidad.

Así, vemos como en el período analizado se vuelve a hacer énfasis en la necesidad de consolidar el imaginario de nacionalidad con el fin de sustentar el doble proceso de moralización / civilización de la población, para lo cual se dispuso de algunas normas para desarrollar en la escuela, a través de las cuales se recuperara la simbología del país como punto de partida para la formación de un “nuevo ciudadano” en los valores de la tradición civilista nacional. A través del decreto 2229 de 1947 se dispuso lo siguiente:

“El Presidente de la República de Colombia, en uso de sus facultades legales y considerando: que la cultura cívica es uno de los valores primordiales de la educación nacional, y el Estado debe fomentarla por los medios a su alcance en especial por aquellos que tiendan a recompensar los méritos intelectuales y morales de la juventud estudiosa; que el culto por los símbolos de la nacionalidad es un eficaz estímulo para la formación de auténticos patriotas, y por lo tanto dentro de las actividades escolares debe practicarse con frecuencia y con solemnidad (...) decreta a partir del próximo mes de julio (...) la Institución de la Bandera, cuyo objeto es fomentar el culto por los símbolos de la nacionalidad colombiana, y a la vez, recompensar a los estudiantes que más se distinguen por su comportamiento cívico y su aprovechamiento intelectual”.¹⁵

La necesidad que el país tenía por consolidar un nuevo ciudadano y, por ende, unas nuevas formas de representaciones y prácticas políticas de nuestra cultura alejadas de la exclusión y la confrontación, se expresa, en términos legales, en el fomento de una “cultura cívica” definida como el respeto y acatamiento del orden establecido. El fomento de esta “nueva cultura” empieza por el manejo de los símbolos que se identifican como constructores de nuestra nacionalidad, principalmente la bandera y el himno nacional. Vemos como la definición de lo que debe ser el nuevo ciudadano – respetuoso de los símbolos patrios y del orden nacional – excluye cualquier otro modelo de práctica política en la escuela que esté alejada del “comportamiento cívico”, comportamiento definido a priori por el gobierno. Los estudiantes que se alejaran de este estereotipo de civilidad serían castigados y los que acataran “la norma y la moral” tendrían una recompensa y una distinción.

De igual forma, así como se pone en el centro del problema la formación de una cultura cívica en la escuela, otro tanto ocurre con el desarrollo de la asignatura de la historia

¹⁵ Artículo 1o. Decreto 2229 de 1947. Tomado de: *Educación Colombiana*. Ministerio de Educación Nacional: Bogotá, 1959. (Disposiciones orgánicas y reglamentarias de la Educación Nacional, 1903 a 1958).

en los planteles educativos. El binomio historia patria / ciudadanía ocupa un lugar importante en el proceso civilizador junto con la formación cristiana. La enseñanza de la historia, como cohesionadora de la identidad nacional, en tanto que referente del pasado y de la "tradición civilista" colombiana, debe pasar por un cuidadoso examen para su desarrollo en las escuelas, así: "los profesores de historia serán escogidos cuidadosamente entre los más reputados por su versación en la materia, por su cultura general, por su *mentalidad superior a las preocupaciones partidistas*, por su habilidad pedagógica y por su intachable conducta ciudadana".¹⁶

El nuevo "pacto ciudadano" planteado por el gobierno de Mariano Ospina Pérez demandaba la neutralidad del maestro en el conflicto partidista que, paradójicamente, era promovido por los dirigentes de las colectividades políticas a través de todo el acervo de denuncias y señalamientos que hacían sobre los opositores políticos en todos los medios informativos que circulaban por el territorio nacional.

Pero de la misma manera que el gobierno conservador enarbolaba la consolidación de un nuevo proyecto civilizador, como salida a la grave crisis que atravesaba el país, marcado por la reconstrucción de la identidad nacional a través del reconocimiento de la tradición civilista y católica como rasgos de la misma, el liberalismo propugnaba por la construcción de un nuevo ciudadano neutral, tolerante y pacífico. Para el liberalismo la escuela se convertía también en un espacio fundamental para la construcción de ese nuevo ciudadano. No obstante, a pesar de estar en concordancia con el conservatismo en cuanto al papel protagónico de la escuela, el liberalismo se separa de la concepción gobiernista en lo concerniente al papel que debía jugar la iglesia en el desarrollo educativo nacional.

En los discursos públicos de uno y otro sector político no se escatiman esfuerzos por exponer las diferencias existentes frente al rol de la religión y la iglesia en el control de la educación. Si bien los liberales conciben un proyecto civilizador / moralizador de carácter más laico, no niegan la necesidad de promover la religión católica; es decir, el desacuerdo fundamental en esta materia no era si promover o no el catolicismo, sino la posibilidad de entregar el control administrativo de la educación a la iglesia. El enfrentamiento emprendido por esta última contra el gobierno liberal de la década del 30 es motivado por la pérdida del espacio político que el programa liberal ocasionaba para la iglesia.

La concepción liberal de lo religioso en la escuela planteaba la necesidad de que este tipo de formación debería ser promovida en principio por la familia, pues la labor de la escuela tenía un carácter más civilista. Para el liberalismo, como vimos anteriormente, era necesario promover y extender un sistema educativo público, bajo el control del Estado, que pudiese responder a la creciente demanda educativa de las clases populares. En este sentido, un miembro del liberalismo anotó a mediados de siglo, que la crítica a la educación pública emprendida por la iglesia y el conservatismo bajo el pretexto de que ésta negaba la tradición católica, ocultaba un problema de fondo, cual era el de quién debía administrar la educación: el sector privado o el público; "las escuelas populares tuvieron muy tenaz y terca resistencia en las directivas conservadoras y en los círculos eclesiásticos, unidos en el

¹⁶ Artículo 3o. Decreto 2388 de 1948. (La cursiva es mía). *Ibidem*.

¹⁷ Hace referencia a la Constitución Federalista de 1863 elaborada en un gobierno liberal.

¹⁸ Pérez, Antonio. "La educación popular". En: *Revista de América*. No. 74. Diciembre de 1951. p.625.

común empeño de combatir el régimen de Rionegro,¹⁷ cuyos adversarios no encontraban nada bueno, ni siquiera aceptable, en las realizaciones llevadas a cabo por los hombres de gobierno.”¹⁸

Vemos como en el proyecto civilizador del partido conservador cobraba gran importancia el aspecto religioso / católico, en contraste con el proyecto liberal en donde se enarbolaba lo cívico / popular. Como anoté en la primera parte del artículo, las élites nacionales han tenido históricamente una noción peyorativa y negativa del pueblo, lo cual ocasionó, a mediados del siglo, el resurgimiento de la tesis de la degeneración de la raza, degeneración que se reduciría con la puesta en marcha de un proyecto civilizador. A pesar de que los dirigentes de cada fracción política converjan en esto último, la diferencia de los proyectos civilizadores se encuentra en el énfasis que cada uno le da: el conservatismo acudiendo a la tradición y a lo religioso y el partido liberal al progreso y a lo popular. El ala liberal comprendió que una diferenciación muy grande entre las clases sociales aumentaría las tensiones políticas del momento, “(...) la exclusión de las clases populares de la educación ponía a la sociedad en peligro. Se debían entreabrir las puertas de la educación media y superior al pueblo ofreciéndole una posibilidad, aunque fuera limitada, de promoción social”.¹⁹ No obstante, es conveniente señalar que también existían algunos puntos de acuerdo en materia educativa entre los dos partidos, dentro de los cuales se encontraba la necesidad de expandir el sistema educativo y orientar el mismo hacia el desarrollo técnico y tecnológico que requería el país en ese momento.

El sector radical del liberalismo, orientado por el líder populista Jorge Eliécer Gaitán, sostuvo en todo momento un discurso popular que le sirvió para ganar legitimidad al interior de las clases baja y media del país. En este sentido el gaitanismo propugnó por la consolidación de un sistema educativo popular que diera oportunidades de acceso a las clases trabajadoras. Así, el proyecto civilizador / moralizador iba acompañado de la necesidad de extender los beneficios culturales y sociales del progreso a todos los sectores del entramado social. Desde esta visión del gaitanismo se sostenía que:

“cuando la cultura llegue al corazón de las gentes asalariadas, habrá llegado el momento definitivo de su redención liberadora. Cultura simboliza poderío de una raza, cultura es la defensa más viva de los pueblos y de los hombres (...) Ya es hora de que los hombres que pertenecen a la humanidad de los pueblos, principien a quitar el caparazón que en ellos existe y que a cada momento le detiene el camino hacia su propia libertad. Cultura para los pueblos, cultura para los campesinos y obreros.”²⁰

Este reconocimiento de lo popular, del pueblo, como sector social privilegiado para el proyecto democratizador / civilizador de la nación colombiana, dio al gaitanismo una gran fuerza social y electoral al interior de las clases obreras y campesinas de Colombia, fuerza que se hizo evidente con el asesinato del dirigente liberal el 9 de abril de 1948, fecha en la cual las clases populares arremetieron contra todo lo que simbolizara a la oligarquía nacional (instituciones del Estado, iglesias, casas de arzobispos y prelados e instituciones

¹⁹ *Op. cit.* Helg, Aline. p. 215.

²⁰ Garcés, Cleofás. “La cultura y los pueblos”. En: *Tribuna Gaitanista*. Febrero 20 de 1951. P. 3º.

²¹ Torres Carrillo, Alfonso. *Jorge Eliécer Gaitán y la educación popular*. Editorial Cedeco: Quito, 1992. p. 48

educativas de carácter católico). Podemos anotar, siguiendo a Alfonso Torres, que “la validez de la experiencia histórica gaitanista fue el haber sabido conjugar la lógica cultural de los sectores populares con la lógica de la dinámica social de tal coyuntura histórica, en función de un proyecto político democrático, progresista para la época”.²¹

La educación entonces se movía en esta coyuntura entre las tensiones de civilizar al pueblo desde el ideal tradicional / católico o desde el progresista / popular, tensiones que además estaban enraizadas en el conflicto violento del bipartidismo en el momento. No obstante, faltaría un elemento para completar el cuadro de tensiones en las cuales se mueve la educación, cual es el de la neutralidad. Para todas las fracciones políticas era necesario que la escuela, los docentes y los estudiantes, estuviesen alejados de la confrontación político partidista del momento, a pesar de lo cual desde estas mismas fracciones se llamaba a que los sujetos vinculados a la educación (maestros, estudiantes y padres de familia) defendiesen su propuesta educativa, es decir, que en realidad el llamado a la neutralidad de la escuela en el conflicto se fue diluyendo poco a poco, progresivamente, en las prácticas sociales y discursivas de los mismos dirigentes políticos que hacían dicho llamado.

Como anoté, el rasgo de neutralidad de la escuela fue acogido en principio por todos los sectores políticos. Tanto ministros de educación, como dirigentes liberales y conservadores vieron la necesidad de la no injerencia de la escuela en la contienda. A este respecto el ministro de educación en 1946, M. Carvajal, anotó lo siguiente:

“el maestro es una emanación. Si cabe alguna restauración en la educación, tiene que empezar con la selección de los profesores. No hay necesidad de catedráticos de la política. Lo que se necesita son formadores de almas, vocacionales y firmes. Y esto es tan cierto, que se ejemplariza en los planteles privados de enseñanza, los cuales han tenido hasta hoy gran aliento porque los padres colombianos, liberales o conservadores, por librar a sus hijos de enseñanzas perjudiciales, los han matriculado en colegios privados”.²²

Aquí notamos como el proyecto civilizador católico defendido por el partido de gobierno avala y apoya la promoción y extensión del sector privado educativo, so pretexto de que en él la pugna partidista no tiene cabida. Efectivamente hacia mediados de siglo, a partir de los gobiernos conservadores, vemos un ascenso en el número de planteles privados en el contexto nacional.²³ Pero ¿era cierto que el sector privado estaba alejado de la pugna partidista? En nuestro concepto, para esta coyuntura, el apoyo al sector privado por parte del gobierno es una estrategia para devolver el control educativo a la iglesia así se sostenga, desde el mismo gobierno, que el crecimiento de la educación privada se debe exclusivamente a que tiene un carácter suprapartidista. A partir de este momento se hace más explícita y marcada la diferenciación entre los dos sistemas educativos del país: uno

²² *Revista Javeriana*. No. 128. Septiembre de 1946. p. 206.

²³ Según las cifras mostradas por Aline Helg, en el texto citado (p. 310), a principios de los 40 el número de estudiantes del sector público y privado era casi el mismo (17000 estudiantes, aproximadamente, por cada sector), mientras que en 1953 hay 20000 estudiantes en el sector público y cerca de 39000 en el sector privado.

público, encargado de civilizar / moralizar al pueblo – y sobre el cual caían todos los embates del conflicto partidista – y otro privado, en el cual reposaba la responsabilidad de formar las élites nacionales que continuarían gobernando el país.

En cuanto a la incursión del conflicto político en el escenario escolar y el ambiente educativo, encontramos el concepto de Agustín Nieto Caballero, de filiación política liberal – aunque también ocupó puestos importantes en los gobiernos conservadores – y uno de los pedagogos colombianos más notables del siglo XX, quien pensaba que “las luchas de los partidos políticos envenenan el ambiente en la escuela, y así hemos sido tercios en exigir a todo el magisterio su apartamiento de la política militante”.²⁴

A pesar de este llamado a la neutralidad hecho por dirigentes de uno y otro bando, la circulación de información que mantenía candente el conflicto continuaba. Los dirigentes del liberalismo, principalmente del ala radical, acusaban al sistema educativo del conservatismo por ir en contra de los intereses de los sectores populares, negar el progreso colectivo de la nación y oscurecer el camino de la ciencia y el desarrollo del sujeto; por su parte, desde el conservatismo, se continuó con el ataque al sistema educativo de su opositor al cual se asociaba con el comunismo y el anarquismo, promovía la violencia y atentaba contra la vocación católica fundante de la nacionalidad colombiana. Es decir, que en ambas críticas encontramos la alusión a que la educación del bando opuesto va en contra de la identidad y los intereses nacionales.

La neutralidad de la escuela se diluyó, en principio tácitamente y luego de manera abierta, a través de los discursos y prácticas de los dirigentes políticos. Incluso la misma iglesia llegó a hacer un ataque frontal y directo contra la escuela neutra, considerada como una “sinagoga de Satanás”, un templo de maldad, una generadora de violencia:

“El laicismo es un mal, una injusticia, un atropello, un crimen. Un mal en sí mismo. Una injusticia para con la niñez y la juventud, un atropello a los derechos de la familia y la Iglesia, un crimen contra Dios (...) No quiero hablar de la escuela, del colegio, de la universidad ateos, de la escuela que hace burla de la religión e instiga en el alma infantil el desprecio al sacerdote, el colegio que trata de demostrar al joven la inutilidad de Dios en el mundo, de la universidad que le inicia, le prepara y le organiza para la lucha abierta contra Dios. No hablo de la escuela, centro espantable donde se asesina el alma del niño cristiano; de ese colegio sinagoga de Satanás donde se adiestra al adolescente en la blasfemia científica; de esa universidad cuartel general de las huestes de los sin Dios. No; hablo única y precisamente de la escuela neutra, del colegio neutro, de la universidad neutra, o que se llaman tales; y digo que son escándalo en el rigor propio de la palabra, porque enseñan el pecado, cuando menos el pecado del indiferentismo religioso, y el indiferentismo religioso es pecado mortal contra el primer mandamiento de la ley de Dios: amarás a Dios sobre todas las cosas”.²⁵

Este ataque contra la escuela neutra, y los recíprocos ataques entre liberales y conservadores por el deber ser de la educación, ponen en entredicho la posibilidad de que la escuela no se inmiscuyese en el conflicto. Desde todos los sectores políticos se pide a la población que “milite” en favor del modelo educativo de uno u otro bando. A pesar de que las nor-

²⁴ *Revista de América*. No. 28. Abril de 1947. p. 121.

²⁵ Espinosa Polit, Aurelio. “La Fe en la obra educativa”. En: *Revista Javeriana*. No. 153. Abril de 1949. p. 148.

mas emanadas en el período sostuviesen la obligatoriedad de que la escuela permaneciese neutra, los discursos y prácticas de los dirigentes partidistas ocasionaron la representación de un conflicto que se reprodujo en la escuela. Como siempre, en la cultura política colombiana, las normas se formularon sin tener en cuenta las realidades políticas del momento, por lo cual se continuó viendo que la normatividad, con su propio tiempo, transcurrió por caminos muy diferentes al de las prácticas de los actores en conflicto.

La incubación del imaginario de violencia que se había iniciado desde hace varias décadas, y que explotó a mediados de siglo, no se terminaría por el único hecho de la emanación de una norma que postulase a la educación como un escenario neutro en el conflicto político. Por el contrario, los actores educativos continuaron siendo influenciados por mensajes, programas, discursos y prácticas que hacían evidente la injerencia de la educación en el campo de lo político y de la contienda política partidista en el campo educativo, y por lo tanto prosiguieron representando la realidad desde su cotidianidad, la cual estaba impregnada de consignas y prácticas políticas excluyentes, reproduciendo las características del conflicto en la formación impartida por y desde la educación a las nuevas generaciones.

Bibliografía.

- Acevedo Carmona, Darío. *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936 – 1949)*. El Ancora Editores: Bogotá, 1995.
- Alvarez, Alejandro. “La educación en las Constituciones colombianas”. En: *Revista Educación y Cultura*. No. 22. Abril de 1991.
- Bushnell, David. *Colombia, una nación a pesar de sí misma*. Editorial Planeta: Bogotá, 1996.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Editorial Gedisa: Barcelona, 1995.
- Helg, Aline. *La educación en Colombia, 1918 – 1957*. Editorial Cerec: Bogotá, 1987.
- Herrera, Martha y Low, Carlos. *Los intelectuales y el despertar cultural del siglo. El caso de la Escuela Normal Superior, una historia reciente y olvidada*. Universidad Pedagógica Nacional: Bogotá, 1994.
- Hoenigsberg, Julio. *Las fronteras de los partidos en Colombia*. Editorial ABC: Bogotá, 1953.
- Lebot, Yvon. *Educación e ideología en Colombia*. Editorial La Carreta: Medellín, 1979.
- López de la Roche, Fabio. “Cultura Política de las clases dirigentes en Colombia: permanencias y rupturas”. En: *Controversia*. No. 162 – 163. Cinep: Bogotá, 1990.
- _____. “Tradiciones de cultura política en el siglo XX”. En: *Modernidad y sociedad política en Colombia*. Editorial Fescol: Bogotá, 1993.
- Medina, Medófilo. *Historia del Partido Comunista de Colombia*. Centro de Estudios e Investigaciones Sociales: Bogotá, 1980.
- Nueva Historia de Colombia*. Editorial Planeta: Bogotá, 1989. Tomos I y II.
- Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Biblioteca del Banco Popular: Bogotá, 1978.
- Palacios, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia*. Editorial Norma: Bogotá, 1995.
- _____. *La delgada corteza de nuestra civilización*. Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura: Bogotá, 1986.
- Pécaut, Daniel. *Orden y Violencia*. Siglo XXI Editores: Bogotá, 1987.

- Perea, Carlos Mario. *Porque la sangre es espíritu*. Editorial Iepri: Bogotá, 1996.
- Quiceno, Humberto. *Pedagogía católica y escuela activa en Colombia*. Ediciones Foro: Bogotá, 1988.
- Sáenz, Javier; Saldarriaga, Oscar; Ospina, Armando. *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903 – 1946*. Ediciones Foro: Medellín, 1997.
- Sánchez, Gonzalo y Meertens, Donny. *Bandolems, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*. El Ancora Editores: Bogotá, 1992.
- Thompson, E.P. *Costumbres en común*. Editorial Crítica: Barcelona, 1995.
- Vera, Cesar y Molano, Alfredo. *Evolución de la política educativa en el siglo XX*. Universidad Pedagógica Nacional: Bogotá, 1982.
- Fuentes Primarias.
- Periódico *Tribuna Gaitanista*: 1951.
- Periódico *El Heraldó Católico*: 1949 – 1952.
- Revista Javeriana*: 1946 – 1953.
- Educación Colombiana*. Ministerio de Educación Nacional: Bogotá, 1959. (Disposiciones orgánicas y reglamentarias de la Educación Nacional, 1903 a 1958).